

# RAPHAEL: «NINGUNO COMO YO»

Nuevamente en Buenos Aires, el popularísimo cantante español detuvo su agitada actividad por una hora para dialogar con el redactor Oscar Giardinelli. Evocó su infancia y habló de Natalia, su próxima paternidad y la muerte.

Antes de que partieran de Madrid, el corresponsal Armando Puente charló con el cantante y su esposa

Acaso el fenómeno que ha desencadenado pueda llegar a ser materia de estudio de sociólogos o expertos en comunicación de masas. Pero más allá de las pasiones que viene desatando desde hace poco más de once años —exactamente desde una noche de 1962, en Benidorm— en Costa Brava española—, cuando triunfó en el Festival de la Canción de dicha ciudad—, están su personalidad y su indiscutible calidad interpretativa. Es que Rafael Martos Sánchez —artísticamente conocido por su *nom de guerre*: Raphael— es algo más que un individuo menudo y caprichoso, mimado y ególatra, talentoso y vehemente. A los veintinueve años de edad, este andaluz de Linares —un pequeño pueblo minero donde vivió sólo su primer año de vida—, se ha habituado ya a la intromisión pública en sus asuntos domésticos, a los desmanes de sus fans y a la inagotable curiosidad —e imaginación— periodística.

Sin embargo, la semana pasada, un hombre de Siete Días intentó desentrañar aspectos íntimos del divo español. Por cierto, la entrevista adoleció de inevitables fallas: admiradoras con obsequios, productores, amigos, gente que ineludiblemente incursionaba en la lujosa suite 2106 del Buenos Aires Sheraton Hotel, en el piso vigesimoprimer, desde el cual se visualizaba una ciudad un tanto insólita. De todas maneras, la hora y media de conversación permitió entrometerse en la intimidad de Raphael, no tanto para descubrir facetas desconocidas, como para conjugar un conjunto más o menos armonioso de aspectos de su personalidad. El extracto de dicha charla se reproduce a continuación:

—¿Por qué cantás? Te pido —claro— no des la respuesta obvia de que lo hacés porque te gusta.

—Mira: yo canto porque no me gusta hacer otra cosa. Porque no sé hacer otra cosa. Porque además yo puedo pintar o puedo escribir, lo que quiere decir que tengo una doble personalidad; eso es poder

doblegarse. Ocurre que puedo ser un tipo común; ser Rafael Martos en la calle. Pero después soy Raphael en un escenario, donde puedo exteriorizar mis sentimientos... Aunque, en realidad, mira, yo canto porque tengo una buena voz.

—¿Cuál es tu grado de instrucción?

—Hice solamente la primaria, porque en casa no había posibilidades de que fuéramos más tiempo a la escuela. Eramos siete hermanos.

—¿Cuál era la situación socio-económica de tu familia?

—No éramos ni pobres ni ricos. Mi padre era obrero de la construcción. No albañil, sino operario de una casa de armazones de hierro.

—Vos naciste en la posguerra. ¿Cómo la viviste; cómo era la España que conociste de niño?

—Bueno, yo no tengo muchos recuerdos de entonces; para mí nada está muy claro de aquella época. Lo único que puedo decirte es que yo iba a la escuela en zapatillas, como dicen acá, en alpargatas. Y mi país era muy pobre; se vivía una época de grandes carencias. No pasamos hambre, pero sí estábamos todos muy apretados, trabajando desde mi padre hasta el menor de los hermanos.

—¿Dónde y cómo empezaste a cantar?

—En Madrid, donde he vivido siempre. Resulta que yo iba a una escuela gratuita, en la que el único requisito para poder entrar era tener una buena voz. Más que escuela era un coro; y por las actuaciones en públicos y los concursos en que interveníamos, pues nos daban clases gratuitas.

—¿Y cómo fue que fuiste lanzado, después, a la fama?

—Oye, que a mí nadie me lanzó a ningún lado. Son frases publicitarias que se hacen. Lo que pasó es que un día, a los nueve años, decidí que mi camino era éste. No precisamente ser cantante, pero sí el teatro, el cine, la pintura, el arte.

Y me decidí al ver una representación de un teatro ambulante, como un circo de madera, que venía a mi barrio todos los veranos. Esa vez vi una comedia que recuerdo se llamaba *Los pobrecitos*. Ahí decidí ser actor.

—¿Y cómo empezaste?

—Explorando lo único que he tenido y tengo: mi voz. Es decir, yendo a concursos de radios, que los ganaba todos. Me echaron, después, porque cada vez que iba a anotarme para competir, me decían: "No, ya esta semana no te presentas". Así seguí hasta los catorce años, en que falsifiqué mi edad y debuté en un circo de Madrid, por cierto que sin éxito.

—¿Y a qué creés que se debió tu éxito posterior? ¿A tu voz, a tus condiciones histriónicas, a tu personalidad?

—Bueno, el poco o mucho éxito que tengo creo que se debe a que yo inventé una nueva forma de actuar. Sin quererlo, claro.

—¿Y cuáles son las características de esa nueva forma?

—¡Hombre, tú me ves a mí en un escenario y te das cuenta! Seguro que no has visto a un cantante igual. Puede haber miles, y mejores, pero como yo no. Y ésa es mi gran ventaja: yo me presento en Estados Unidos o en Rusia, y todo el mundo sabe quién soy. Y no sólo por la fama que puedo tener, sino porque he ido imponiendo una personalidad. He creado algo diferente. Al principio me fue muy difícil, porque a la gente le chocaba muchísimo, pues estaba acostumbrada a una forma de hacer. Ten en cuenta que en España, cuando yo salí, se llevaba a los cantantes que cantaban para bailar. Recuerdo que una vez vi a un argentino —creo que se llamaba Billy Cafaro—, al que le dijeron que la gente se iba a sentar para escucharlo. Y casi salió corriendo: "¡Cómo! ¿Qué se van a sentar a escucharme? ¿Y por qué no bailan?". Y yo hice al revés: obligué a la gente a escucharme.

—¿Ganaste mucho? No me refiero sólo a lo económico...



quién soy. Al principio fue difícil..”





## NATALIA: DULCE ESPERA Y VIAJE A MOSCÚ

**En Madrid, el corresponsal Armando Puente conversó con Raphael y señora, un día antes de emprender su gira.**

Todos están pendientes de él, de Raphael, el muchacho nacido hace 29 años en el hogar de una humilde familia andaluza de Linares. "Es divino", "es único", "el mejor", dicen en ruso Terechova, Davilova y Rodionova, las bailarinas del ballet de Moisseiev. Son jóvenes, casi unas niñas; son lindas y tímidas. Cada una de ellas lleva un LP bajo el brazo y quieren fotografiarse con su ídolo; porque Raphael —traduce impasible Pogosov, en un castellano perfecto aprendido en Moscú— es el cantante extranjero más querido y admirado de los soviéticos". Raphael sonríe, sonríe sin cesar y autografía discos.

Esta madrugada, hace nada más que unas horas, ha terminado su maratón madrileña: diez días de actuación en el Palacio de la Música, 43 canciones en dos horas y media de actuación, con sólo un breve intermedio de diez minutos. Mañana sale de viaje, pero hoy, en lugar de descansar, ha preferido invitar a sus amigos —españoles y soviéticos— en la residencia de sus suegros, los marqueses de Santo Floro.

"Mañana me voy a Buenos Aires. Después seguiré a Lima, a Washington, a Nueva York, a México y a fines de junio, regresaré a España. Entonces iniciaré aquí una tournée de 90 días. Voy a recorrer el país de punta a punta".

—¿Entonces estarás junto a Natalia cuando nazca vuestro hijo?

"Hija, hija" —rectifica rápido—. Sí, en ese momento interrumpiré mis actuaciones. Será entre el 25 de julio y el 3 de agosto, según me dicen el médico y mi mujer. Yo no entiendo de esas cosas".

El 18 de septiembre terminará su gira española. El 21 estará cantando en Tokio.

"De allí iré a Australia, luego a Singapur, después a Rusia, donde actuaré durante seis semanas y luego haré una película. Voy a estar cuatro meses en total en la Unión Soviética. Cuando concluya, ya será en el mes de febrero. Entonces iré a los Estados Unidos a hacer otra película, que se llamará Tango".

—Es lo que se llama la coexistencia cinematográfica perfecta. El título parecería aprovecharse del éxito que tiene el film de Marlon Brando.

"No, no. Será una película muy política, basada en un libro muy famoso en los Estados Unidos, que tiene precisamente ese título. Como yo de política no entiendo nada, voy a ver si eso me aclara un poco".

Quizás entre Moscú y Nueva York pueda hacer una escala en Madrid para ver a su hijo —"hija, hija, será mujer"— e inaugurar su nueva casa —"estilo medio mexicano, medio balear, una casa de paredes muy blancas"— que le están construyendo en Monte Príncipe, en medio de un encinar, a una veintena de kilómetros de la capital.

"Es divino", "es adorable", "es el mejor", repiten Terechova, Davilova y Rodionova. Raphael sonríe.

En un tranquilo salón, Moisseiev, —el magnífico— bebe agua mineral. En otro rincón, tres enojadas damas cuchichean. La aristocracia del ballet y la aristocracia de la sangre han huido del bullicio.

"Siento no saber hablar ruso. Quiero mucho a su pueblo", dice Raphael, en un difícil francés en el que mezcla palabras inglesas. Moisseiev responde con un italo-español comprensible. Había del éxito alcanzado en Madrid por su ballet. Todas las mañanas hay colas en las taquillas. Diariamente se agotan las 5.000 localidades: Nosotros lo veremos en Moscú, en octubre", promete Moisseiev.

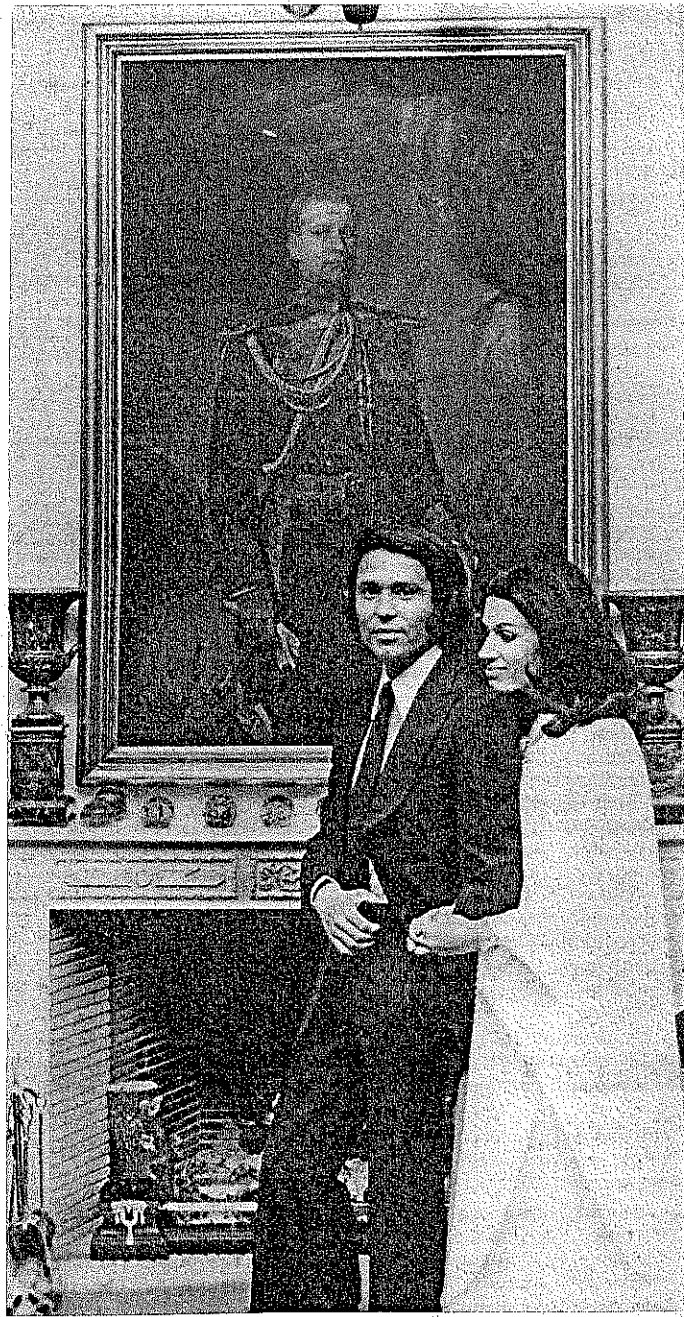
Llega Natalia, envuelta en un maratón de seda blanca. Raphael la toma dulcemente de la mano. Recuerdan el mes que pasaron el año último en la Unión Soviética. Fue su luna de miel.

"Lo acompañaré de nuevo a Moscú en octubre", susurra Natalia.

—¿Y por qué no ahora a Buenos Aires?

"Quiero conocer la Argentina. Tengo muy buenos amigos, como los Serrador, pero el médico me ha aconsejado que hasta que nazca nuestro hijo no viaje mucho. Sólo me reuniré con él unos días en los Estados Unidos y los aprovecharé para comprar algunas cosas para el aljuar". Raphael sigue firmando autógrafos. Una bailarina recurre al intérprete oficial, Pogosov, para que le traduzca una petición: "En Moscú es casi imposible conseguir entradas cuando Ud. actúa. ¿Por qué no me da un pase especial?". —Raphael se ríe a carcajadas—.

Madrid, 10 de abril



—Sí, gané mucho y gasté mucho. Y gasté mucha salud también.

—¿Cómo es un día de tu vida?

—Pues depende de qué día. Porque un día normal para mí es llegar a Ezeiza a las diez de la mañana, que me tengan todo el día pa'cá y pa'llá, que me lleven a ensayar, que tengan que rectificar una luz, que ponga un nuevo sonido, que deba hacer todo, porque yo me lo hago todo, aunque la gente se piense que me lo hacen los demás y yo sólo voy a cantar. Después tengo que dar un par de conciertos, terminar a las dos de la mañana y resulta que no puedes comer caliente porque a esa hora no puedes, y entonces te comes una carne fría que sabe horriblemente. Y al día siguiente te levantas a las diez y sales para otro país y etcétera, etcétera... Claro que si no es así yo no puedo vivir.

—¿Qué es lo que más te gusta hacer, aparte de cantar?

—¿Pero tú no sabes que yo pinto? Pinto óleos. Muy mal, pero pinto, pues no tengo escuela. Hago colores; no sé hacer formas.

—¿Qué es lo que más te disgusta?

—Pues que la gente se haga ideas sobre mí sin conocerme.

—¿Y cuál es la idea que creés que la gente se hace?

—Se hacían. Se hacían... Como que yo era una persona inaccesible, difícil, con la que no se podía hablar. ¡Y yo soy totalmente lo contrario! Y no preguntes por qué se formaron esa idea, pues no lo sé; supongo que son por las star de Hollywood de los años cuarenta.

—Alrededor de tu persona se formó la imagen de que sos un divo. ¿Estás de acuerdo?

—¿Y qué es un divo? Yo no lo sé. Eso no me gusta ni me molesta; no pienso en ello.

—¿Sos religioso?

—Sí, católico y activo.

—¿Y tus ideas políticas?

—Apo. Y esto no es una postura. Ocurre que no entiendo. Así como entiendo de pintura, de literatura y de muchísimas cosas, de política no entiendo. Y además, lo gracioso es que no quiero entender.

—Eso no es tan gracioso. ¿Por qué no querés entender?

—Porque no me interesa. Lo único que yo entiendo es que cualquier política es buena si es que está bien hecha.

—¿Y tu música, entonces, para qué sirve? ¿O para qué querés que sirva?

—Para qué sirve no lo sé. Para qué quiero que sirva sí: para distraer a la gente, que ya es bastante. Porque en este mundo cada uno debe cumplir una misión. Y la misión del artista es entretener al público, así como un abogado soluciona problemas.

—¿Cómo te autodefinís vos?

—Mira, yo me pondría un solo

nombre: intuición. Soy muy intuitivo, muy personal y trabajador y... muy buena persona. Demasiado buena persona.

—Y también muy poco modesto, ¿no?

—No, no, no; al decir buena persona no me estoy tirando flores. Es que no se puede ser tan buena persona; hay que ser... guardarse un poquito más las espaldas. Y modesto no soy, claro.

—¿Y ególatra?

—Tampoco... Y oye, lo de poco modesto lo dije en el sentido artístico, ¿eh?

—De todo lo que se dice de vos en diarios y revistas...

—No, mira, yo no ando leyendo todo eso, ¿eh? Leo muy poco de eso. Leeré éste, porque es un reportaje que se me ha hecho a mí. Pero como se inventa tanto, y todos los días salen cincuenta mil cosas raras, yo no me detengo a leerlas. ¿Pa'qué llevarme berrinches?

—¿Quiere decir que todos los romances que se te han endilgado eran sólo fantasías?

—Mira, algunos me dieron gracia y otros pena, según... Si está hecho con mala baba, con mala idea, pues me da pena. Es como cuando alguien me imita: si está hecho con buena intención, aunque me ridiculicen, me hace gracia.

—¿Tenés sentido del humor? ¿Cómo se manifiesta?

—Un gran sentido, sí. Me vivo riendo de mí mismo.

—¿Te psicoanalizás?

—Ay, no, qué complicao. ¡No!

—¿Qué creés que despertás más: cariño o envidia?

—Cariño. Envidia sólo en seis; que se hacen notar mucho. Te digo esto; nadie que despierta más envidia que cariño. Lleva once años como yo.

—¿Quién es el ser al que más admirás en el mundo?

—Mi padre, porque es la persona que mejor sabe vivir en el mundo. Y de la historia, admiro a Napoleón.

—¿Por?

—Pues... me cae bien. Ja, ja... Me cae bien, sí.

—¿Y la que más odiás?

—Odiar no sé, pero me caen gordos un montón de tipos.

—¿Y cuál es tu prototipo, como cantante?

—Según las lenguas, pero creo que mi más grande ídolo, el super, es la señora Piaf, sin duda. Liza Minelli me enloquece. Elvis Presley de la primera época. Los Beatles, Gardel, bueno, son muchos.

—Para un profesional con once años de consagración ¿qué significan los aplausos y las ovaciones?

—Lo de siempre. Ojalá me hubiera ganado el profesionalismo. Así sufriría menos; entregaría menos.

—¿Todavía te asustás?

—¿Asustarme? No, es otra palabra que no vas a poder publicar.

—¿Te molesta el fanatismo de la gente?

—Yo no veo ningún fanatismo.

—Bueno, ¡llámalo entusiasmo desmesurado. Pero lo cierto es que hay mujeres que te corren, que te quieren tocar, que se quieren quedar con una corbata o un recuerdo tuyo...

—Yo no lo veo bajo ese prisma. Lo veo como algo normal, como un premio a mi trabajo. Ocurre porque ocurre. Es así.

—¿Cuál fue el día más feliz de tu vida?

—El de mi casamiento.

—¿Y el más amargo?

—Pues mira, creo que también éste. Mi vida se partía en dos pedazos. Terminaba una etapa y empezaba otra. Se acababa el chico sin muchas responsabilidades, un chico normal, y comenzaba la de un señor maduro que iba a ser padre y todo eso.

—¿Cómo es tu vida matrimonial; el resultado de esas etapas?

—Muy positivo. Mi vida matrimonial es normal y tranquila. Es como tiene que ser. Sin alardes publicitarios ante la gente, pues yo soy muy celoso de mi privada. No me gusta que se metan en ella.

—Pero dejame intentarlo, pues tu matrimonio no es cualquier matrimonio. Uno de sus componentes es admirado por millones de personas. ¿Qué diferencia a tu matrimonio de los otros?

—Es que no hay diferencias; somos un hombre y una mujer enamorados y nada más. Quizá la diferencia sea que en mi casa no se monologa, sino que se dialoga, no sé...

—¿Por qué elegiste a ella, Natalia?

—Pues porque no habría otra, hombre. No hay otra.

—¿Y todo lo que se habló y se publicó de tus amores?

—¡Bueno, hombre, ligue siempre ha habido! Ja, esas son otras cuestiones que no tienen nada que ver. No hay que confundir el hambre con las ganas de comer, ¿no? Ja, ja... Y de aquí en más, bueno, doce hijos, los que pueda aguantar Natalia, que no es una máquina, ¿no? Ni yo tampoco, claro...

—Si pudieras hablar ahora con tu hijo, ¿qué le dirías?

—Pues... ¡Mira, le presentaría a su madre y a su padre para que no nos confunda!

—¿Cómo te gustaría terminar tu carrera?

—En la cama, claro. Pero yo digo muriéndome en la cama, tranquilo, rodeado de la gente que quiero. No quiero morir en un coche.

—¿No?, pero la pregunta se refería a tu carrera.

—Ah, pero es que yo jamás voy a terminar mi carrera. Voy a can-

tar hasta que, bueno, hasta que no dé más. Yo no sé cantar en mi casa; necesito un público a quien dirigirme.

—¿Cómo elegís tus canciones?

—Por intuición. Cojo a mi compositor, por ejemplo, y le digo: "Manuel, házme este tema; házme aquello o lo otro". Le indico más o menos lo que quiero. O a veces él me propone un tema o se me ocurre a mí. No hay fórmulas.

—¿Qué cosas te faltan, Raphael?

—¡Uf! Mantener lo que tengo sesenta años más, doce hijos: mi casa de campo no, porque ya la tengo—, que no me falte nunca mi mujer... Ni mis amigos ni mis padres.



Preocupado por la falta de camisas, viajó como estaba.

Abruptamente, se puso de pie. Desde el dormitorio llegó su voz, alegre, tarareando alguna vieja melodía. Comenzaban los aprestos para continuar sus actividades. Pidió una cerveza y, mientras la bebía, atendió las solicitudes de autógrafos del personal del hotel asignado al piso veintiuno; un revuelo. Enseguida, una enviada de un club de admiradores de Córdoba, muy emocionada y con lágrimas en los ojos, pudo ingresar para obsequiarle con un inmenso medallón de oro. Claro que, a cambio, se llevó diez postales autografiadas —que afirmó serían rifadas en el club— y un hermoso par de gemelos, también de oro, "para una vitrina".

Con la cerveza, Raphael fumó un par de cigarrillos, mientras se preocupaba por la falta de camisas y hacía alguna broma sobre la manera cómo Natalia le había hecho las

valijas y se miraba al espejo cada tanto para arreglarse el pelo. Después se acercó a la ventana, miró a Buenos Aires comparándola con Barcelona: "aunque bastante más grande". Dijo que su película predilecta fue *Psicosis* —se declaró admirador de Hitchcock— y finalmente dio la orden de partida. Todo un séquito lo siguió por el pasillo, entre los comentarios del personal y de algunos pasajeros del hotel. En la habitación quedaban docenas de escarpines para su futuro hijo, varios ramos de flores —y hasta un babero de claveles blancos— y el medallón de oro.

La planta baja había sido invadida por algunos grupos de chicas con cámaras fotográficas, papeles y fa-

píceras. También un patrullero de la Policía Federal, cuyos integrantes rodearon al artista. Se detuvo, empero, para firmar autógrafos, y luego, sonriente, se alejó hacia el coche que lo aguardaba. Hubo tiempo para preguntar algo más:

—¿Por qué te dicen "niño", el "niño"?

—Es que en mi tierra, en Andalucía, en todas las familias siempre hay un hijo al que le colocan el apodo de "el niño". En la mía me tocó a mí.

—¿Y qué pensás de todo esto, de estas chicas?

—No sé, no pienso. Esto es así porque es así. Adiós.

El coche partió velozmente, seguido por tres vehículos más. Raphael se iba. Las chicas se quedaron atónitas. Lloviznaba. ■